

RELATOS
DE
TERROR



EL COLECCIONISTA
DE
PESADILLAS

A. VEGA

EL COLECCIONISTA

DE

PESADILLAS

VOLÚMEN I

A. VEGA

Primera edición: octubre 2020.

Todos los derechos de la obra: © A.Vega.

Registro SafeCreative: © 2010195662998.

Registro SafeCreative: © 2010205667890.

Portada: ©A.Vega.

Imagen portada: Pixabay.

Maquetación y corrección: © A.Vega.

Quedan totalmente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

ÍNDICE:

[La morgue](#)

[La escuela](#)

[Llega el circo](#)

[El sonido de la muerte](#)

[Los ojos de la muerte](#)

[A las tres y media](#)

[Todo sucedió muy rápido](#)

[El camping](#)

La morgue

Pesadilla: un crujido en la noche

Odiaba su trabajo. Lo reconocía. Pero no le quedaba otro remedio que acudir cada noche a la morgue.

Miró el cielo estrellado una última vez antes de comenzar su turno. Entró en el frío edificio pegado al hospital público. Sus pisadas resonaron en el silencio del lugar. Las luces parpadeaban sobre él proyectando sombras que cualquier otro les resultaría aterradoras. Para él no eran más que sombras.

Estornudó ante el intenso olor a productos químicos, nunca se acostumbraría a ese olor. Aséptico, a limpieza compulsiva, como si fuera posible eliminar el olor a muerte. Estuvo a punto de reír pero se contuvo. La muerte no se podía eliminar, tampoco enmascarar, ni ignorar, o maquillar. La muerte era el último vagón del viaje en el que todos los seres vivos de la Tierra tenían un billete en preferente.

Fue directo a la sala seis. Abrió la puerta de metal e ingresó en la amplia habitación. Paseó la mirada y comprobó que había seis camillas extendidas, todas vacías menos una.

Ahí estaba.

No iba a perder tiempo. Odiaba su trabajo, el olor a lejía y otros productos químicos que no era capaz de identificar, la frialdad de aquel lugar.

Se acercó hasta la camilla observando al ocupante. Era un niño, no podía decir qué edad tenía pero no eran más de diez años. Era más que evidente el motivo de su muerte. El gran agujero

en la cara no dejaba dudas acerca de cómo y por qué murió. Se colocó frente a él, observándolo con atención, imaginando durante unos segundos cómo sería su vida. Le llegaron a la mente miles de imágenes intercalándose unas con otras, algunas eran recuerdos propios otras no tenía ni idea de dónde llegaban pero todas la mostraban la ilusión de la vida, el sentimiento de invulnerabilidad, la sensación de que tenía toda una vida por delante y ni siquiera sabía qué era la muerte. Los niños y las niñas eran todos iguales. Frágiles, fuertes, llenos de esperanza, de magia, de sueños, de pesadillas, de ilusiones, de...

Escuchó un crujido. Se tensó. Miró a su alrededor. Volvió a oír el mismo crujido. Era como un rasguño en la piedra, como el crepitar de la madera en el fuego. Muy débil, pero se escuchó con claridad.

—A...

Contuvo el aliento. Juraría que...

—Ayuda.

Sí, había oído una voz. Débil, un susurro desgarrador.

Suspiró con pesar y volvió a mirar al cuerpo tendido en la camilla. La herida le desfiguró el rostro, era un boquete que le reventó parte de la frente, la nariz y los ojos.

Tan joven...

—Ayuda.

Miró a su alrededor comprobando que estaba solo. ¿Ya había dicho que odiaba su trabajo?

Cada noche era igual y, por desgracia, cada año que pasaba era más la carga de trabajo que le tocaba cubrir. La morgue siempre estaba llena y esa noche podía considerarse afortunado al ver que solo había un cuerpo en las camillas.

—Ayuda.

Dio un respingo saliendo de sus pensamientos. No podía perder el tiempo. Había llegado la hora.

Se acercó otro paso hasta el niño, llegando a rozar el frío metal con sus dedos.

—Ayuda.

Lo volvió a escuchar, una y otra vez, como una canción salvaje y desesperada que quería llegar a todas partes y a ninguna.

Se agachó hasta quedar a la altura de la cara del infante. Abrió su boca y aspiró.

—Ayuda.

Ese lamento desesperado se acalló en el momento en que succionó el alma del niño.

Sabía amarga, como los sentimientos de miedo y dolor que le inundaron segundos antes de fallecer.

Tuvo que apoyarse contra la camilla al visualizar los últimos minutos de vida de su objetivo.

Risas, bromas. Lo vio jugando con sus hermanos mayores. Un reto. Carcajadas. Burlas. ¿A qué no te atreves? La decisión que cambiaría para siempre su destino. Abrió el armario donde su padre guardaba las escopetas de caza. Salieron al patio. Todo ocurrió muy rápido. El disparo no dolió pero al cabo de unos segundos todo su mundo se redujo a un terror abrasador que lo asfixió. ¿O era su sangre? No podía ver, las palabras se atoraron en su garganta. Solo podía oír los gritos de sus hermanos, los de su madre... Y lo último que le pasó por la cabeza antes de que la oscuridad lo engullera por completo alejándolo del dolor y el miedo fue: ¿A qué no te atreves?

El recuerdo se apagó, como cuando decides detener la película que estabas viendo. Durante unos segundos el miedo del niño fue suyo y estuvo a punto de gritar. Siempre era igual. Era su maldición. Poder sentir a través de los últimos recuerdos de sus objetivos.

Cuando todo pasó se movió hacia la puerta. Ya había acabado su trabajo. Sus pasos volvieron a resonar en el silencio del lugar.

Fue directo hacia la salida. Cuando estaba a punto de abandonar la morgue escuchó un sonido que lo sobresaltó. Se giró hacia la derecha. El ascensor se abrió y vio a una humana. Esta miró hacia donde él estaba.

Se puso nervioso esperando a ver qué hacía ella. Quería... quería...

Ella continuó su camino, pasando a través de él en dirección a la salida.

Él suspiró desilusionado y comenzó a reír. Quería que lo viera pero si eso sucedía, significaba que ella estaba a punto de fallecer. Él no era más que una sombra, un viento helado que sentían los humanos cuando pasaba cerca de ellos, un crujido en la noche, un siseo, un...

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

Abrió los ojos y no podía creer lo que estaba pasando. La humana se había girado, con la mano en las barras de la puerta. Lo estaba mirando fijamente. ¡Lo veía!

No supo qué responder. Siglos esperando que le sucediera algo parecido y no supo qué decir.

—¡Voy a llamar a Seguridad!

Comenzó a caminar acercándose a ella. Con cada paso la humana elevaba el tono de su voz, lo amenazaba, se veía que le tenía miedo, podía escuchar los alterados latidos de su corazón.

Estaba a punto de alcanzarla. ¿Podría tocarla? ¿Rozar su suave piel? ¿Notar el calor de su vida antes de que se apagara para siempre, antes de que no fuera más que una voz a la que salvar en la noche?

Extendió el brazo y cuando estaba a punto de tocarla el suelo se abrió y lo engulló, cayendo al vacío.

Los gritos de la mujer lo acompañaron mientras descendía al mundo de la muerte.

Rompió a reír mientras caía, abriendo los brazos y disfrutando de esa sensación de libertad absoluta. No importaba. Seguro que pronto vería de nuevo a esa mujer. Succionaría su alma. La transportaría al mundo de los muertos donde se enfrentaría a su destino final.

No sabía que había más allá de esa oscuridad que era su mundo. Le tenían prohibido ir más allá. Él estaba condenado a vagar entre el luminoso mundo de los vivos y de los muertos, recolectando almas. Con cada alma le quitaban peso a su condena.

Ya perdió la cuenta de cuanta condena le quedaba realmente. ¿Importaba? No recordaba su vida como humano pese a los pocos flashes de su pasado que aparecían en su mente. No tenía

claro si eran suyos realmente o fruto de todos los recuerdos que absorbió al cabo de los años.

¿De verdad fue humano antes de convertirse en uno de los muchos mensajeros de la muerte?

No le importaba.

Su vida era acudir cada noche a la morgue y transportar el alma o las almas que allí encontrara.

En el momento en que llegó al final del túnel, vomitó el alma, un proceso que le producía dolor. Lo agradecía. Ya no sentía nada, solo podía percibir emociones a través de su trabajo.

Pudo ver el alma del niño.

Ojos azules. Tenía los ojos azules, pensó, mientras le señalaba una luz que se veía a lo lejos.

—Debes ir hacia ahí, te están esperando.

—¿Y mi mamá?

¿Por qué siempre sucedía lo mismo? ¿No podían obedecerle a la primera? No, siempre le hacían preguntas de las que no tenía respuestas.

—La verás a su debido momento.

—¿Y cuándo es eso? ¡Yo quiero verla ahora!

«No te hubieras pegado un tiro», pensó, pero no lo dijo en alto. El niño no tenía culpa del destino que tenía escrito desde el día de su nacimiento.

—La verás, pero ahora tienes que ir a la luz. ¿No quieres vivir una nueva aventura?

El niño dudó. Sus ojos se empañaron. Miró a su alrededor. Todo era oscuridad. Una oscuridad acompañada de un frío intenso.

—Está bien —aceptó finalmente, no deseando quedarse en ese aterrador lugar, prefería ir hacia la luz.

Vio como el niño le obedeció y caminó cabizbajo hacia la luz, una luz que lo acogió y desapareció dejándole en la oscuridad, una oscuridad que agradeció y le resultó tan familiar.

Cerró los ojos y apagó su mente.

No dormía, no comía, no respiraba, no hacía nada más que esperar a que la noche llegara

para acudir a su puesto de trabajo.

¿Ya había dicho que odiaba su trabajo? ¿Por qué no le tocó otro lugar? ¿Tal vez una playa para rescatar las almas de los náufragos? ¿Una montaña?

No. Le tocó la morgue. Un frío edificio que se conocía de memoria.

«¡Voy a llamar a Seguridad!», la voz de la humana resonó en su mente antes de apagarse del todo.

Un edificio al que acudiría cada noche.

Un edificio en el que encontraría a la mujer que lo amenazó.

Un edificio al que acudiría hasta que su condena fuera saldada.

La escuela

Pesadilla: la curiosidad mató al gato

Llevaba tiempo luchando por ese puesto de trabajo. Años de estudio y dedicación, formándose, acudiendo a cursos, aceptando cualquier trabajo aunque fuera de apenas unas horas y... ¡por fin había llegado el día que por tanto tiempo soñó!

Había conseguido un puesto como profesor en la escuela de su pueblo natal.

Regresar al pueblo era extraño, llevaba años fuera y caminar de nuevo por las estrechas calles de su localidad le traían recuerdos del pasado.

A sus treinta y ocho años regresar a casa de sus padres era un golpe directo a su autoestima pero necesitaba ahorrar para poder alquilar un piso e independizarse. Los pocos ahorros que tenía se fueron en el coche nuevo que compró y en pagar las facturas pendientes del piso que tenía alquilado en la ciudad.

Marcos saludó a dos ancianos que se cruzaron con él en la calle en un acto reflejo al ver que ellos le saludaban primero. No los conocía, o realmente, no los recordaba, pero en aquella localidad tan pequeña todo el mundo se saludaba y él debía dar ejemplo. Era uno de los maestros de la escuela y lo observaban todos.

Eso le ponía muy nervioso. No le gustaba ser el centro de atención, nunca le gustó, siempre prefirió quedarse en las sombras, atrás, ser el último en ser elegido en los juegos, mantenerse en una esquina y pasar desapercibido al mundo entero.

Siguió caminando rumbo a la escuela. El edificio quedaba en el centro del pueblo cerca de la iglesia. Saludó a unas cuantas personas más, todas mayores de ochenta años mínimo y cuando llegó a su puesto de trabajo suspiró de alivio.

Subió de dos en dos las escaleras hasta la primera clase a la izquierda en la primera planta. Hoy llegaba tarde. El despertador no había sonado y el móvil lo tenía sin batería. Esperaba que la directora no se lo tuviera en cuenta, era el primer día que llegaba tarde y ya llevaba varios meses trabajando ahí. Juraría que la directora lo odiaba, desde el minuto uno en que lo miró a la cara siempre lo trató con frialdad, manteniendo la distancia y dejándole claro que no le caía bien. Apenas le llamaba para que acudiera a su despacho para tratar los temas del día de la escuela. Lo mantenía informado a través del profesor de educación física. Él era el intermediario.

Le molestaba esa situación. No le había hecho nada pero debía aceptarlo. No podía comenzar a protestar cuando llevaba tan poco tiempo en el puesto. No podía darse el lujo de perderlo.

Llegó a su aula y abrió la puerta encontrándola vacía si no contaba con el niño que estaba de espaldas a él, mirando por la ventana al fondo de la habitación.

¿Dónde estaban los demás alumnos? ¿Quién era ese niño nuevo? No lo reconocía. Dudaba mucho que a medio curso se incorporara un alumno nuevo.

—¿Quién eres? ¿Dónde están los demás? —preguntó finalmente desde la entrada, sin entrar en la aula.

El niño no respondió. Siguió mirando por la ventana. Eso le enfureció. Los críos debían aprender que los profesores eran la autoridad en la escuela, debían aprender a respetar a sus mayores.

—¿No me has oído? ¿Quién eres y dónde están los demás?

El niño siguió ignorándole.

Furioso, Marcos entró en el aula y caminó hacia el crío. Extendió la mano para agarrarlo del hombro y darle la vuelta para poder enfrentarlo cara a cara cuando se quedó parado al ver el reflejo del niño en la ventana.

—¡No! —gritó aterrorizado ante lo que veía, dando un paso hacia atrás chocando con una de las mesas de sus alumnos.

El niño no se giró pero lo miró fijamente desde el reflejo de la ventana. Sus ojos conectaron y Marcos no pudo moverse, por más que lo intentó, como si una energía invisible lo mantuviera pegado en el sitio.

Esos ojos... vacíos, unas cuencas vacías, una mueca de terror grabada en su rostro blanquecido, la boca abierta, no se percibían los dientes, solo se veía oscuridad en el interior de esa cavidad.

Esa cara... ¡la reconoció!

—No puedes ser tú, es imposible, no puedes ser tú... —volvió a chillar entrecortando las palabras por el amargo sabor del miedo.

—Marcos...

Escuchó su nombre. Aquello lo alteró y le produjo un escalofrío que le recorrió de pies a cabeza. Esa voz, era un tono oscuro, desgarrador, como el croar de una rana desde el fono de un barril.

—¡No! ¡Estás muerto!

Este estuvo a punto de desmayarse de puro terror. Esa sonrisa. Pudo verla con claridad, una sonrisa gélida, cortante.

Intentó moverse, salir corriendo, no podía creer lo que le estaba sucediendo. Quiso pellizcarse para ver si estaba soñando, si aún permanecía en su habitación en la casa de sus padres, pero era incapaz de moverse.

Contuvo el aliento cuando vio como el niño comenzó a moverse, era hipnótico pero al mismo tiempo aterrador. Los movimientos eran erráticos, como si fuera una marioneta que movías con dificultad. Un juguete roto que iba a ser el protagonista de una cruenta historia de terror.

Marcos intentó abrir la boca para gritar pidiendo auxilio. No salió sonido alguno. El corazón le latía desbocado en su pecho, tenía ganas de vomitar, el miedo recorrió su cuerpo como un veneno a punto de acabar con él.

¡No podía ser! ¡No podía ser!

—Sí, lo soy. ¿Te acuerdas de mí? Llevo tiempo esperándote... años... décadas... —El niño se giró del todo, enfrentándole, mirándole a los ojos con esas cuencas vacías, sin cambiar la mueca que mostraba. Marcos lamentó haber entrado en el aula. ¿Por qué no se quedó en casa? ¿Por qué le tenía que pasar eso a él? ¿Por qué nadie acudía tras haberle escuchado gritar? ¿Por qué...?—. Nadie te escuchó. Igual que me pasó a mí. Nadie vendrá. ¿Lo recuerdas, Marcos? — Siguió acercándose lentamente, crujiendo con cada movimiento errático que realizaba. Parecía que se movía a cámara lenta—. Chilla, Pedrito, chilla, que nadie vendrá a salvarte. ¿Lo recuerdas, Marcos?

Sí, lo recordaba. Con claridad. Nunca podría olvidarlo.

—Pero no soy el único que te esperaba. —Esas palabras le pusieron la piel de gallina.

Quería moverse, pero no podía. Quería gritar pero era incapaz de articular palabra. Solo podía ser testigo mudo de lo que estaba sucediendo sin poder creer lo que le estaba pasando. No quería creerlo porque de ser verdad él...

Escuchó pasos a su espalda, crujidos, cómo arrastraban las mesas y las sillas, como si estuviera entrando muchas personas al aula de manera precipitada.

Cri, cri, cri... ese sonido, el mismo que hacía su peor pesadilla ante él al moverse.

Cri, cri, cri... más ruido de mesas moviéndose.

Estuvo a punto de desmayarse cuando notó una mano a su espalda. Un toque frío. Sus ojos se abrieron y comenzó a hiperventilar. Otra mano se posó en su hombro. ¡No podía ser verdad! ¡Necesitaba despertarse! Otra mano en la pierna.

—¿Los notas, Marcos? Son todos, hemos venido a saludarte, a... jugar contigo.

Su peor pesadilla se plantó frente a él, a menos de un metro de distancia. Pudo oler el aroma que desprendía, a putrefacción, a aguas residuales.

Los recuerdos pasaron velozmente por su mente.

Si lo pensaba bien ese mismo día hacía veinticinco años sucedió todo. Llevaba tiempo planificándolo. Todo debía salir tal y como lo ideó. No podía darse el lujo de fallar. Le escribió

una nota a Pedro, el niño que sufrió burlas del resto de la clase, su compañero que se sentaba dos filas más atrás en el aula. Se hizo pasar por una niña. No podía firmar con su verdadero nombre. No quería dejar pistas.

Tal y como esperaba, Pedro apareció en el punto de encuentro, una vieja mina en la que se reunían los niños para jugar pese a que los mayores le decían que era peligroso.

Pedro se sorprendió al verle y al momento quiso irse, pero él no le dio oportunidad. Lo estaba esperando. Le golpeó la cabeza con un palo. Lo dejó desmayado en el suelo. Verle así, indefenso... Lo reconocía, perdió la cabeza. Jugó con él. Le ató las manos, le desnudó. Se dejó llevar por las emociones que sentía y que llevaba tanto tiempo reprimiendo. Era pecado desear a otro niño, se lo decía cada día su abuelo mientras le golpeaba con la vara en la espalda. Era pecado tocar a otro niño. Pero... ¿por qué el abuelo le pedía que le tocara a él? No comprendió lo que le sucedía hasta que fue mayor y a sus trece años... excusó lo que estaba haciendo a lo que sufrió cuando era un niño pequeño. Disfrutó. Apenas duró. Oh los gritos de Pedro, eso fue lo mejor. Cuando llegó el momento de acallarle no se detuvo hasta que su cara no fue más que un amasijo de carne, hueso y sangre. Contempló su obra y estuvo tentado a tocarse disfrutando de lo que veía, pero no tenía tiempo. Podía ser descubierto en cualquier momento. Arrastró el cuerpo hasta la mina y lo tiró a uno de los pozos más profundos que encontró. Lanzó su ropa y se cambió con la muda que había dejado el día anterior en una esquina de la entrada a la mina.

Nadie sospechó nada. Hubo una investigación, cierto, encontraron la sangre, buscaron por los alrededores pero nadie revisó la mina a fondo.

Claro que se acordaba de Pedro, él fue el primero.

Cada año buscaba volver a sentir la euforia que sintió con él, perdió la cuenta de los niños, adolescentes y hombres que había asesinado. No eran más que sustitutos de su compañero de clase, del primero, del que lo inició al verdadero placer.

Intentó tener novia, estuvo a punto de casarse. Pero siempre acababa cayendo en la oscuridad del deseo, saliendo de caza a por un nuevo objetivo.

—¿Te acuerdas de mí?

Resonó a su espalda. Una voz, dos, tres... tantas que el ruido de sus voces era ensordecedor pero Marcos no podía moverse, no podía responder, no podía hacer otra cosa que mirar a esas cuencas vacías que lo miraban a su vez.

—Llevamos tiempo esperando, Marcos. ¿Quieres jugar con nosotros? Lo vas a pasar... muy bien.

Lo agarraron. Se abalanzaron sobre él. No pudo moverse. No pudo gritar. Solo sentir.

Dolor.

—Chilla, Marcos, chilla, que nadie vendrá a salvarte. —Fue lo último que escuchó antes de perderse en la oscuridad del dolor, ahogándose en el miedo.

Pero al contrario que sus víctimas... él no pudo gritar mientras lo torturaron, mientras lo arrastraron lejos de la escuela, mientras se internaron en la mina donde yacía varias de sus víctimas en diferentes pozos.

No pudo gritar, solo sentir.

—Chilla, Marcos, chilla.

—No importa si no puedes gritar. Vas a jugar con nosotros eternamente.

Llega el circo

Pesadilla: ten cuidado con lo que deseas

El circo había llegado al pueblo. Con un grito de alegría, Alice corrió hacia su casa, tras ver el cartel del anuncio en el escaparate de la carnicería nueva. Quería avisar a su madre para que la llevara a ver el espectáculo. ¡Ese mes se había portado bien y en el colegio estaba sacando buenas notas!

Su madre al principio se negó a llevarla. No le gustaba esa clase de espectáculos pero cuando comprobó que no había animales, aceptó ir el viernes a la noche.

La semana pasó muy lentamente. Alice no hacía más que tachar los días en el calendario que había pegado en la nevera de la cocina deseando que llegara ya el viernes.

Cuando llegó el día señalado le costó mantenerse quieta en el colegio, apenas podía concentrarse y solo podía pensar en lo que iba a ver en el circo. No era la única que iba a acudir al espectáculo, dos de sus mejores amigas también iban a la sesión de esa noche.

¡Estaba muy feliz!

Las horas pasaron y llegó el momento en acudir al descampado donde se encontraba la gran carpa del circo. Esta era de un color rojo sangre que llamaba mucho la atención.

Esperaron en la cola. Era asombroso lo que tuvieron que esperar. Parecía que casi todo el pueblo estaba reunido en ese lugar. Había muchísima gente.

—No te alejes de mi lado, Alice. No quiero que te pierdas —le repitió una y otra vez su madre agarrándola con fuerza de la mano. Le daba miedo perder de vista a su única hija. No podía sacarse de la cabeza las noticias que dieron en el telediario de niños desaparecidos en el estado vecino.

Alice no le prestaba atención pero permaneció a su lado, observándolo todo con fascinación. Hacía poco había visto varias películas del circo y le encantaba ese mundo que parecía sacado de un cuento de magia. Acróbatas que volaban por el aire desafiando a la muerte, payasos que hacían reír...

El espectáculo comenzó. Las luces se apagaron y un foco brillante apareció en el centro de la pista del circo iluminando a un hombrecillo pequeño con una gran barba.

—Bienvenidos al circo Los mágicos. Esperamos que disfruten del espectáculo y...

Desde ese instante Alice no atendió a nada más. Estaba absorta a lo que sucedió en la pista del circo removiéndose en el sitio.

Ella quería saltar como los acróbatas, poder mantener una torre de platos sobre un palo como los equilibristas, retorcerse como los contorsionistas...

Se imaginaba a sí misma con un tutú rosa volando por los aires mientras el público en las gradas, la aplaudían con entusiasmo.

—Señoras y señores, necesitamos tres niñas y tres niños para el siguiente espectáculo. ¿Quién quiere ser voluntario o voluntaria?

La voz del hombrecillo resonó con fuerza en la carpa, llegando a cada rincón de las gradas. Muchos niños y niñas levantaron con entusiasmo los brazos. Alice también lo hizo.

—Yo, yo.

—No, Alice. No puedes ir —le dijo su madre, bajándole el brazo.

—¿Por qué mamá? Los demás niños pueden y ¿yo no? Por favor, prometo portarme bien lo que queda de año. ¡Es un espectáculo de magia!

Su madre dudó pero al final al ver que le hacía tanta ilusión y los demás padres también les estaban dando permiso a sus hijos, aceptó que volviera a levantar el brazo. ¿Qué podía suceder? Era un circo, seguro que su hija se lo iba a pasar muy bien y sería una anécdota para contar en el colegio. No creía que pasara nada malo. No delante de tantos padres y madres que confiaron en el espectáculo.

—Yo, yo —volvió a gritar Alice, frustrándose al ver que comenzaban a señalar a los niños y a las niñas elegidas enfocándolos con el gran foco del circo.

Movió con más ímpetu el brazo deseando ser una de las elegidas. Siempre le gustaron los trucos de magia y desde que vio las películas de Harry Potter quería ser bruja pero tenía que aceptar que el mundo mágico no existía, que no era más que la invención de una autora que creó de la nada la historia de un niño que descubre de un día para otro que es un mago.

—Y la última niña elegida para el siguiente truco de magia es...

«Que sea yo, que sea yo», pensaba con angustia Alice.

Estuvo a punto de chillar de alegría al ver que el foco la iluminaba, atrayendo la atención de los que estaban sentados alrededor de ella.

—¡Sí! —chilló de alegría levantándose del sitio. Iba a bajar a la pista central del circo cuando su madre la detuvo agarrándola del brazo.

—Ten mucho cuidado, vale. Si no te sientes a gusto, sube de nuevo aquí. No quiero que te pase nada.

Alice mostró una mueca de disgusto y de vergüenza al ver que las estaban mirando.

—Jo, mamá, ya no soy una niña pequeña. Tengo diez años.

—Está bien cariño, aunque para mí siempre serás mi bebé.

Alice se movió hacia delante y le respondió:

—¡No me llames así, mamá!

Su madre le sonrió y asintió con la cabeza. Alice respondió a su sonrisa con otra más reluciente y comenzó a bajar los escalones de las gradas con prisas. La estaban esperando en la pista central del circo.

¡Iba a ser parte del espectáculo!

Con emoción saludó al público y esbozó una gran sonrisa de orgullo al escuchar los aplausos. Estuvo atenta a todo lo que les indicó el mago y se metió en la caja que la transportaría a otro lugar durante unos segundos para luego volver a aparecer en la pista del circo.

No sabía cómo era el truco pero tenía mucha curiosidad por averiguarlo.

La oscuridad la envolvió y notó como los demás niños y niñas que habían entrado con ella en esa gran caja de madera se revolvían con nerviosismo. Algunos contuvieron el aliento. La oscuridad no era buena compañera pero debían ser valientes para que el truco de magia continuara. A ella la oscuridad no le importaba pero si le agobiaba un poco los lugares cerrados. Nunca le gustaron. Cerró los ojos para que todo pasara más rápido y...

«No debí dejarla bajar», pensó una y otra vez Madison mientras veía a su hija saludar en la pista central. Sabía que se comportaba como una mamá gallina siempre pendiente de su hija pero temía que le pasara algo. Ella era lo más importante de su vida.

Estuvo tensa lo que duró el truco de magia. Estuvo a punto de chillar al ver que abrían la caja y los niños y niñas que allí entraron no estaban.

«Es parte del truco», pensó intentando alejar el miedo.

El mago volvió a cerrar la puerta de la caja tras mostrar a todos que estaba vacía y pronunció una serie de palabras que se suponían que era el hechizo que transportaría a los niños de vuelta.

Madison no suspiró aliviada hasta que vio cómo la caja se rompía, cayendo las paredes al suelo y mostraron a los tres niños y las tres niñas, entre las que se encontraba su hija saludando al público.

«Que tonta que soy», pensó al haber tenido miedo. No era más que un truco de magia.

Abrazó a su hija cuando esta volvió a su sitio en las gradas. Le preguntó cómo hicieron el

truco pero su hija se negó a confesarle qué había pasado.

El resto del espectáculo transcurrió con calma, aplausos, vítores y una sensación de que había sido una buena sesión de circo.

El trayecto a casa transcurrió en silencio. Acostó a su hija y se fue a la cama. Mañana tenía que ir a comprar.

Al día siguiente

Acudió con su hija a la nueva carnicería del pueblo. Había abierto hacía poco pero le habían hablado muy bien de ella, sobre todo los precios de los productos que allí vendían. La carne estaba muy cara, tenía que mirar el dinero. A su marido le habían bajado el sueldo y ahora tenía que ahorrar en lo que pudiera para poder pagar todas las facturas que tenían cada mes.

Esperó con paciencia en la cola a ser atendida. Su hija permanecía en silencio a su lado mirando todo con curiosidad. Le sorprendía lo callada que estaba.

No le dio importancia. Su hija estaba en esa edad que comenzaban a mostrar cambios de humor. Pubertad lo llamaban mucho, para ella era un infierno la sola idea de que su bebé creciera y acabara convirtiéndose en una de esas adolescentes respondonas que solo quería ir de fiesta.

—El 87.

—Yo —gritó Madison mostrando el número.

Se acercó hasta el mostrador y contempló la carne que allí estaba expuesta. Tenían de todo: ternera, cerco, conejo, pollo...

—¡Oh! ¿De verdad esa carne es de caimán? —preguntó en alto al ver una serie de carnes que no reconocía. Leyó las etiquetas que mostraban: canguro, caballo, avestruz, serpiente... Eran carnes exóticas de esas que se pusieron de moda en la gran ciudad pero que en un pueblo tan pequeño iban a ser complicadas de vender.

—Sí que lo es, y muy rica, por cierto —respondió la carnicera esbozando una gran sonrisa —. ¡Oh, qué niña más bonita tiene! ¿Qué es lo que quieres para comer, pequeña? —le habló directamente a Alice quien miró todo lo que había con curiosidad.

—No lo sé, algo rico y tierno —respondió finalmente, sin saber qué elegir.

—Tenía pensado llevar unos filetes de...

Madison no pudo terminar la frase, la carnicera la interrumpió al decir:

—Tengo una carne muy tierna de ternera joven. Espera que voy a por ella.

Antes de que pudiera decirle que no se molestara, temiendo que el precio de la carne se elevara y no pudiera permitírselo, Madison se quedó congelada al ver que la carnicera desaparecía por la puerta que se veía a su espalda. No tardó en volver a aparecer con unos filetes rosados recién cortados en una bandeja de plástico blanca.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó Madison con desconfianza.

—Pero mamá, yo quiero probarlos —insistió Alice, agarrándola del brazo.

Miró a su hija, pudo ver la súplica en sus ojos azules. Suspiró. No podía negárselo pero temía que valiera más de lo esperado. Cada dólar era muy importante.

—Por una niña tan hermosa os haré un precio especial.

Cuando le indicó el importe, Madison se sorprendió. ¡Qué barata! Aceptó y le entregó un billete aceptando la bolsa con la compra y el cambio.

—Ya verá qué está riquísima. Si queréis más, os espero mañana.

Madison y Alice se despidieron de la carnicera y caminaron hacia el coche.

Cuando llegaron a casa tras haber realizado las compras de la semana, le indicó a su hija que se fuera a jugar mientras ella comenzaba a hacer la comida. Se asombró al ver lo jugosos que se veían los filetes y la tonalidad rosada. Los olió. Olían bien. Decidió que los haría rebozados.

La hora de la comida

Ese día acudiría su marido para comer. Tenía un hueco libre en la oficina y le daba tiempo a pasar esas horas con su familia. Madison avisó a su esposo y a su hija que fueran a la cocina.

Se sentaron los tres y comenzaron a comer en silencio.

—¡Qué rica está! Muchas gracias, mamá.

—Sí que está rica, Maddie —la elogió tanto su hija como su marido.

Siguieron comiendo, disfrutando de la comida, saboreando cada bocado, hablando de pequeñas anécdotas del trabajo de su esposo y de la escuela de su hija.

—¿Mañana podemos comer más, mamá?

Madison se sorprendió ante la petición de su hija. Desde que era niña no le gustaba mucho la carne, prefería la pasta o los dulces. Siempre era una lucha el que se acabara el plato pero esta vez la sorprendió para bien al terminárselo todo sin rechistar.

—No creo que...

—Me uno a la petición de nuestra hija, Maddie. Estaba muy rico.

Esta aceptó finalmente al ver que los dos querían repetir. Tendría que cambiar los planes que tenía para esa semana pero volvería a hacer el mismo plato al día siguiente.

Al día siguiente

Su hija estaba en el colegio así que acudió sola a la carnicería. Esperó a la cola como el día anterior. La saludó con efusividad la carnicera y esta volvió a entrar en la puerta que había a su espalda para luego salir con nuevos filetes rosados de la ternera que tanto le gustaba a su hija y a su marido.

—Que tenga un buen día, señora Johnson.

No fue hasta que llegó al coche que Madison se percató de un pequeño detalle.

¿Cómo sabía la carnicera su apellido?

Con algo de duda y miedo miró hacia atrás contemplando la carnicería desde fuera. Estaba llena, con madres que compraban carne para sus familias...

¿Pero cómo era posible que supiera su apellido?

Tal vez es porque vivimos en un pueblo pequeño, se dijo a sí misma, aceptando esa idea como la única solución posible.

Caminó hacia el coche. Lo había dejado aparcado al otro lado de la calle. Tenía que rodear el edificio.

Llegó al coche y sonrió. No le habían dejado multa. Lo había aparcado mal pero no encontró otro lugar donde dejarlo.

Abrió la puerta del acompañante y depositó las bolsas de la compra en el asiento.

Cerró la puerta e iba a dar la vuelta al coche para sentarse en el asiento del conductor cuando escuchó un grito que la paralizó.

Miró a su alrededor con curiosidad y preocupación. ¿Quién había gritado?

Como no escuchó nada, comenzó a caminar hacia el coche. Quizás se lo había imaginado.

Antes de abrir la puerta... lo volvió a oír, pero esta vez de manera más clara y continuada. Eran gritos de niños.

Se movió por el callejón buscando el origen de esos gritos.

Vio la puerta trasera del edificio mal cerrada. La abrió un poco y se sorprendió al comprobar que no la habían cerrado con llave. Los gritos llegaban de ahí.

Iba a sacar el móvil para llamar a la Policía cuando volvió a oírlos. Con miedo avanzó por el pasillo, no encendería la luz para no alertar a nadie.

Cada paso que daba lo hizo con cuidado para no hacer ruido, siguiendo en todo momento a

los gritos.

Llegó a una sala blanca, con una luz parpadeante en el techo. No había nada.

Los gritos se escuchaban con más fuerza.

Marcó el número de la Policía y les indicó entre susurros que acudieran corriendo a ese lugar.

Se movió con cuidado y se acercó hasta la puerta que vio en una esquina. De nuevo estaba sin pestillo y pudo abrirla sin problema. La abrió apenas unos centímetros, lo justo para poder meter su cabeza y otear con nerviosismo y temblando de puro miedo temiéndose lo peor.

Lo que vio la dejaría marcada para siempre.

—¡Últimas noticias! Se ha detenido a una mujer por allanamiento en una carnicería de nuestro pueblo. La Policía tuvo que reducirla. No dejaba de gritar que su hija estaba siendo descuartizada por unas criaturas que se parecían a los orcos que salían en las películas.

Peter apagó la televisión y negó con la cabeza. Esa mujer era su esposa. Le habían llamado esa mañana para informarles que Madison había llamado muy alterada a la Policía desde el interior de la carnicería. Los agentes acudieron al local pero lo que encontraron fue a una mujer alterada chillando después de haber acuchillado a la carnicera hasta acabar con ella.

No tenía ni idea de qué le había pasado a su mujer. Nadie lo sabía. No conocía a la carnicera. No tenía antecedentes penales ni psiquiátricos.

Un brote psicótico fue el diagnóstico que le dieron los psiquiatras que habían atendido a su esposa.

Pero ¿cómo era posible?

Iba a ser condenada por el asesinato que cometió. La familia de su mujer le habían contactado para ayudarle a cuidar a su hija. No sabía qué iba a hacer.

¿Por qué le había pasado eso a su familia?

Y ahora le tocaba lo peor. Había tomado la decisión de contarle la verdad a su hija. Su pequeña Alice se merecía saber la verdad.

Su madre iba a ser noticia en todo el pueblo y seguro que al final se enteraría. Necesitaba avisarla y contarle todo, pero sobre todo, que su madre la amaba y que cuando se pusiera mejor la visitarían en el centro psiquiátrico en el que la habían internado.

Se sirvió otra copa y la bebió de un trago. Necesitaba emborracharse. No podía creer lo que había pasado. Era una pesadilla de la que quería despertar, pero necesitaba ser fuerte por su hija.

En el piso de arriba

Era hora de dormir. Se había puesto el pijama nuevo que le regaló su padre. Se había lavado los dientes. Se estaba portando muy bien.

Se acercó hasta la ventana. Era un ritual que realizaba cada noche antes de acostarse en la cama llena de peluches y apagar la luz.

Miró hacia el exterior y esbozó una gran sonrisa.

Dos ojos rojos la saludaron al otro lado de la calle en la casa de los vecinos.

Durante un segundo el reflejo de la ventana mostró su verdadera naturaleza. Piel arrugada de un tono verdoso, ojos rojos, dientes afilados.

Se alejó de la ventana para que nadie la viera. Necesitaba comer más carne. Con cada trozo de carne absorbería los recuerdos de la niña a la que le había robado la vida.

Con cada trozo de carne absorbería su aspecto físico, su sangre, su ADN como dirían los humanos.

Con cada trozo de carne dejaría de ser un hada para convertirse en una niña humana.

Sin dejar de sonreír se acercó hasta la cama. Se acostó en ella y apagó la luz.

Esa noche soñó con el circo, con el espectáculo de magia en el que metían a tres niños y tres niñas humanas en una caja. Una caja que los humanos creían que era un mero truco mágico. Una caja que escondía un portal a su mundo, un mundo que se estaba muriendo, por eso necesitaban una vida humana. Para alimentar la magia de su mundo con su alma, para convertirse en el sacrificio y perpetuar esa tradición.

Un alma humana, un año más de vida en su mundo.

Lamentaba que la mujer humana que iba a ser su madre hubiera descubierto la verdad. Lo bueno, nadie la creía. Era una loca que había cometido un crimen atroz.

La Policía no encontró nada, solo un cadáver en el suelo y la humana cubierta de sangre.

Los carniceros transportaron la “línea de carne” al mundo mágico. Un simple hechizo y esos niños y esas niñas que iban a ser descuartizados lentamente, trozo a trozo, filete a filete... desaparecieron.

Necesitaba comer más carne de la niña llamada Alice.

Sus ojos cambiaron de color, de rojos a azules, y luego de nuevo a rojos.

Le diría a su nuevo padre que quería más carne.

A él también le gustaba.

Estuvo a punto de reír en alto tentada a confesarle que se estaba comiendo a su querida hijita.

Pero lo necesitaba. Aún era una niña que dependía de un adulto.

—Tal vez cuando sea mayor de edad... —susurró en la noche, sonriendo.

Sí, cuando fuera mayor de edad se lo confesaría todo, le mostraría su verdadero ser, le diría que su mujer había tenido razón... y...

Qué rica carne comimos, papá, por cierto, era de una “ternera” llamada Alice, una niña de diez años que soñaba con actuar en un circo.

El sonido de la muerte

Pesadilla: Alguien está ahí fuera, mirándote

24 de Diciembre, 2012

El agudo silbido del viento lo despertó. Con el corazón agitado y el cuerpo tembloroso, Marcos Fernández se movió por la cama y buscó el interruptor de la luz. Una vez que lo pulsó, entrecerró los ojos, molesto por la intensidad lumínica. Fuera, el viento seguía golpeando la ventana, produciendo un sonido que en mentes fantasiosas se asemejaría al chillido de una mujer. No quiso mirar el reloj que tenía sobre la mesita de noche, si lo hacía se angustiaría al haber perdido el sueño a altas horas de la noche, y tener que levantarse el día siguiente temprano para ir al trabajo.

—Otra noche en vela —murmuró para sí mismo, acostándose de nuevo, ocultando sus ojos al apoyar el brazo derecho sobre la frente—. Maldición, mañana estaré para el arrastre y durmiéndome por las esquinas.

No era la primera noche que se despertaba en medio de la madrugada sin motivo aparente y permanecía con los ojos abiertos, incapaz de ingresar en el mundo de los sueños hasta que la molesta alarma del despertador le indicaba que había llegado el momento de levantarse, para

comenzar un nuevo día. Ya había acudido al médico para que le recetara algo, pero por más que lo pidió siempre le respondían que debía comenzar a relajarse y no tragarse los problemas y no comenzar a tomar pastillas para dormir porque llegaría un momento en que la adicción sería tan grande que tendrían que aumentarle la dosis, y ya no habría modo de dormir sin drogarse.

Soltando una maldición en alto, Marcos decidió levantarse e ir al cuarto de baño a tomarse una ducha bien caliente. Quería ver si relajando el cuerpo, conseguía relajar la mente y así poder conciliar el deseado y necesitado sueño.

Cuando estaba a punto de salir del cuarto, escuchó de nuevo el silbido del viento.

Estaba despierto, con la luz encendida en el cuarto, era un hombre de treinta y nueve años que había vivido mucho, pero no pudo evitar que se le pusieran los pelos de punta y que el corazón le latiese agitado en el pecho, del escalofrío que le recorrió el cuerpo.

—Ostias, eso sonó como una mujer —comentó en alto, manteniendo la mano derecha sobre el pomo de la puerta del dormitorio.

Pero era imposible. Él vivía en medio de la nada, en una urbanización perdida en el monte, a una hora en coche de la ciudad más cercana y los únicos vecinos que tenía y que sabía que estaban en su casa en esas fechas tan especiales, vivían a quince minutos andando.

Movió la cabeza de un lado a otro, negando lo que parecía evidente. No había nadie fuera, estaba él solo en aquella casa. Giró el pomo y tiró de la puerta hacia dentro.

No la abrió del todo.

Esta vez, si que escuchó un grito.

—Pero qué demonios pasa —masculló con un tono de preocupación y temor, enmascarado por la sorpresa y la curiosidad.

Dejó atrás la puerta y caminó con pasos dubitativos hacia la ventana. Era incapaz de ver nada del exterior a causa de la gruesa cortina que la cubría. Si quería averiguar qué o quién producía esos desgarradores chillidos muy parecidos a los gritos de mujer, tenía que acercarse y descorrer la cortina.

Su mente racional le recordaba que era imposible que una mujer estuviese en el jardín de su

vivienda, gritando frente a su ventana a esas horas de la noche, pero una parte que permanecía intacta dentro de él y que arrastraba desde la niñez, le susurraba que apagara todo y que se resguardara bajo las sábanas de la cama.

A sus treinta y nueve años ignoró al niño que vivía dentro de él, y se plantó frente a la ventana. Sujetó el extremo de la cortina, y tras respirar hondo, tiró hacia un lado, descorriéndola del todo.

No vio nada.

Sólo el cuidado césped de su jardín, iluminado levemente con la tenue luz de la luna.

Marcos soltó una carcajada nerviosa, francamente aliviado.

—Maldita sea, me he portado como un estúpido —reconoció en voz alta para sí mismo, mientras apoyaba la frente contra el frío cristal de la ventana. El invierno había llegado hacia una semana con una fuerza e intensidad que helaba. Aquel año ya habían sufrido dos alertas por temporal y si el hombre del tiempo de su canal favorito no se equivocaba para la semana conocerían la tercera alerta por viento y nieve.

Suspiró aliviado, saboreando el amargo sabor del miedo.

Cuando eras niño le temías a todo, desde la oscuridad hasta al monstruo que dormitaba bajo la cama. Con el paso de los años el temor infantil a todo lo que te rodeaba y no conocías se fragmentaba en miles de pedazos, fragmentos que se unían por la razón. Muchos seguían manteniendo un temor irracional en sus corazones, otros como él, o al menos así lo consideraba, conseguían librarse del miedo residual fruto de la inexperiencia y de la mente imaginativa de la niñez.

—Será mejor que me vaya a duchar e intente descansar algo —dijo rompiendo el silencio que imperaba en el cuarto mientras se separaba de la ventana—. Mañana por mucho que me joda, tengo que acercarme a la oficina. —Odiaba trabajar en aquellas fiestas, no porque las celebrase si no porque la gente con la que debía tratar estaba de mal humor y parecía a punto de atacarte en cualquier momento.

Le echó un último vistazo al exterior, y se volvió, dejando la cortina descorrida,

permitiendo que la luz de la luna penetrase en el iluminado dormitorio.

Caminó hacia el cuarto de baño más cercano a su alcoba y no pudo evitar extrañarse que en cuanto se asomó por la ventana el agudo chillido que le sobresaltó se acalló del todo, envolviendo a su vivienda con un silencio sepulcral.

No le dio importancia. Es más, agradeció que el viento amainara y que el tiempo concediera una tregua para aquella noche.

Sus pasos apenas se escucharon siendo acallados por la mullida alfombra que cubría el pasillo. Ni siquiera encendió la luz, se conocía aquella casa de memoria. Era la casa de sus sueños, y gracias a sus conocimientos pudo diseñarla.

Pero en momentos como ese, cuando avanzaba por el pasillo en dirección al cuarto de baño principal de la segunda planta, la soledad le golpeaba sin piedad. Si no fuera por su negativa a un compromiso serio podría llenar los cuartos vacíos con los hijos que siempre deseó tener.

—Ahhh.

Marcos se quedó quieto en medio del pasillo, muy cerca de la puerta del cuarto de baño, cuando escuchó de nuevo el agudo chillido.

Imposible. No puede ser, pensó buscando una explicación coherente y racional al haber escuchado el grito con tanta claridad, como si la mujer o el viento, no lo tenía muy claro, estuviese dentro de la casa.

Intentó dar otro paso, pero fue incapaz. Tenía los músculos agarrotados, paralizados por el temor.

Apretó los dientes con fuerza e intentó respirar con normalidad y acallar los agitados latidos de su corazón que retumbaban dentro de él, como rítmicos golpes de un tambor.

—Ahhh.

De nuevo el grito sonó con fuerza, y esta vez, podía jurarlo, más cerca.

Joder, joder. Esto debe ser una pesadilla, resonó su voz dentro de su mente, aguda, con evidente temor.

Pero la agitación de su respiración, el sudor frío que cubría su cuerpo, y la claridad con la

que sentía la mullida alfombra bajo sus pies descalzos eran indicios suficientes para mostrarle que no estaba en la cama sufriendo una infantil pesadilla.

—Ahhh.

Tan cerca.

Tan cerca se escuchó el grito.

Marcos consiguió dar un paso, y a este le siguió otro, hasta que avanzó con rapidez el espacio que le separaba del cuarto de baño.

Nada más entrar, cerró la puerta y se apoyó contra la madera. Respiraba con dificultad y sentía el amargo sabor de la bilis en la boca.

Cerró los ojos unos segundos, y se maldijo por dentro. Estaba pasando la peor noche de su vida y todo por dejarse llevar por la imaginación, por abandonarse al miedo irracional y permitirle que gobernara esos momentos su existencia.

—Sólo es mi imaginación. Estoy solo, no hay nadie en esta casa más que yo —dijo en voz baja, para luego tomar aire del todo, llenando los pulmones, para después soltarlo lentamente, buscando relajar no sólo la mente, si no el cuerpo.

—Ahhh.

El miedo sabe amargo con un toque ácido.

Y esa noche Marcos pudo comprobarlo.

El retumbar de su corazón obnubilaba su mente, resonando con fuerza en su cabeza, acallando el ruido exterior. Los escalofríos que recorrían su cuerpo eran evidentes, haciendo que se escuchara unos golpes suaves contra la madera cuando su espalda y sus codos impactaban contra la puerta a causa de los temblores.

Abrió los ojos y los fijó en la oscuridad del cuarto. Cuando entró no se acordó de pulsar la luz.

—Ahhhhh

—No es real, no es real —murmuró en voz baja, al escuchar el grito tan cerca de él que casi podía jurar que lo tenía encima—. Esto no está pasando, sólo es fruto de mi mente.

Para asegurarse que así era, palpó la pared en busca del interruptor de la luz. Cuando lo encontró lo apretó y la luz inundó el cuarto.

Estaba solo.

Presa de los nervios, soltó una carcajada amarga.

—Me estoy portando como un estúpido sin sentido común —reconoció en voz alta, al ver que estaba solo, que no había nada ni nadie frente a él gimiendo y gritando como si se estuviera muriendo—. Será mejor que me de una ducha rápida y regrese a la cama.

Se alejó un paso de la puerta. Dos pasos. Pero al tercero...

—Ahhh.

El grito resonó con más fuerza que antes, y esta vez fue acompañado del inconfundible sonido de arañazos.

No quería darse la vuelta. No quería pensar siquiera en que estaba escuchando de nuevo ese escalofriante sonido. Pero así lo hizo.

Cuando se volvió, la puerta se abrió de golpe y esta vez fue Marcos quien gritó.

Lo último que vio fue la sonrisa siniestra y los ojos apagados y sin vida de la mujer cubierta de velos negros que se abalanzó sobre él.

Los gritos de ambos se escucharon durante segundos, antes de que el silencio imperase en la casa.

Un silencio que sonaba a muerte.

Los ojos de la muerte

Pesadilla: no encontrar salida

El eco de un continuo goteo era lo único que escuchaba. Mis ojos estaban fijos en el irregular y oscurecido techo. No me resultó familiar, aunque parecía que estaba en una cueva. Intenté girar el cuello para mirar a mí alrededor. La angustia me acosó con fuerza, porque no podía moverme. Lo intenté esta vez con los brazos, con las piernas,...nada. No se movieron ni un centímetro, mi cuerpo no respondía a mis angustiosos deseos, a mi agónica súplica. La rigidez de mi cuerpo era asfixiante.

Quise gritar, pero un mudo gemido brotó de mis entreabiertos y reseco labios. Ni siquiera podía parpadear, alejarme de aquella realidad por unos segundos, buscando la liberación de mi mente a través del sueño. Estaba completamente paralizado, con la boca entreabierta, los ojos abiertos y fijos hacia el techo. Podía verlo todo con claridad.

Un crujido a mi izquierda me alertó. El corazón comenzó a bombearme con fuerza, con furia, golpeando mi caja torácica con un ritmo enloquecido. Pude verlos. Como se acercaron a mí. Como se agacharon hasta quedar pegados a mi cara. Miedo, crudo, gélido, atragantándome con su amargo sabor. El corazón parecía que iba a escaparse de mi pecho

¡Oh, Dios mío! Sus horrendos y deformados rostros blanquecinos mostraban placer, sus

labios estaban agrietados, cosidos con gruesos hilos negros y se abrían y se cerraban emitiendo un gutural sonido muy parecido a la risa.

Les pude mirar a los ojos, no podía apartar la mirada ni aunque lo desease con desesperación, la rigidez de mi cuerpo me lo impedía. Esos ojos oscuros, sin vida...., pude percibir un brillo malvado de sadismo.

Antes de pudiese volverme loco, sin poder creer que aquello no era una pesadilla, que el frío de mi cuerpo, el dolor de mis miembros rígidos era real, llegó el primer corte. El dolor fue intenso, brutal, abrasándome de pies a cabeza, como una lengua de lava recorriendo velozmente mis venas. Me mostraron el fino cuchillo que emplearon para cortarme. La sangre estaba caliente cuando goteó en mi cara.

Los siguientes fueron seguidos, profundos, cuidados, y lo peor de todo no era el dolor, el agudo dolor que se agolpaba en mi pecho, en mi cuerpo, era la imposibilidad de moverme, de gritar. Era ver cómo estaban despedazándome lentamente, disfrutando de cada corte, recreándose con la sangre que manaba de mis heridas y que inundaba el fétido lugar con su dulzón y metálico aroma.

Estaban cortándome en trocitos como si fuera un mero trozo de carne, mirándome a los ojos con cada corte, disfrutando al ver el miedo, el dolor, la desesperación, las ansias de encontrarme con la muerte, en mis dilatadas pupilas.

Como si leyesen mi mente, una voz grave y ronca rompió el silencio del lugar:

—Jugaremos contigo, eternamente.

Aquel era un infierno, una celda en la que me atraparon, en la que estaría atado... para siempre, y mis gritos silenciosos me acompañarían en aquella tortura eternamente.

A las tres y media

Pesadilla: remordimientos

No podía dormir. Era cerrar los ojos y verla. Por más que lo intentó no podía vaciar la mente.

Esa imagen permanecía grabada a fuego en sus pupilas.

Michael se levantó de la cama y fue al baño. Abrió el grifo y se mojó una y otra vez la cara con agua fría.

Joder. Necesitaba dormir. Llevaba varios días durmiendo apenas unas horas, despertándose cubierto de sudor y con una amarga sensación de que las pesadillas lo acosaban cuando conseguía pegar ojo.

Buscó la toalla y se secó la cara. Levantó la cabeza y se encontró con su reflejo en el espejo del mueble del cuarto de baño.

Estuvo a punto de reír. Se veía horrible. Unas ojeras marcadas que conseguían que sus pequeños ojos negros se vieran más hundidos. Los ojos inyectados en sangre. Un rictus en el entrecejo. Barba de varios días descuidada y plagada de canas.

Era el vivo retrato de la desesperación.

¡Joder, necesitaba dormir!

Dio media vuelta y salió del baño. Fue hasta la cocina. Bebería algo. Tal vez una cerveza bien fría a ver si conseguía tranquilizarse un poco.

Caminó en silencio, a oscuras. Se conocía de memoria aquel pequeño apartamento. Llevaba alquilado más de seis años pagando religiosamente cada mes el abusivo alquiler. Pero no iba a

quejarse. Estaba situado en un buen barrio y cerca de su trabajo. No tenía que mover el coche.

La cocina era diminuta y abierta al salón. No le importaba. No cocinaba nunca, lo único que sabía hacer con una sartén era quemar los huevos.

Abrió la nevera y buscó la cerveza. No habría mucha comida pero cerveza sí que tenía. Aun así le tocaba volver a comprar, le quedaban apenas seis latas.

Se digirió hacia el sofá del salón. Se dejó caer y se puso cómodo antes de abrir la cerveza y dar un primer sorbo que le supo a gloria.

Joder, ¡qué bien sentía una cerveza bien fría a las tres de la madrugada!

Estuvo a punto de reír en alto. Ya se estaba volviendo loco. Un ave nocturna que pululaba por el apartamento deseando algo que no conseguía alcanzar y que provocaba que se fuera consumiendo día a día.

Cerró los ojos y disfrutó del silencio de la noche. Sus vecinos eran unos malditos santos. No daban problemas, no hacían fiestas, eran silenciosos... Ni siquiera los conocía, ni los había visto.

Él era el único que hacía ruido de noche.

Alzó el brazo y brindó por su mala suerte antes de dar otro trago.

Otro punto para él.

Tenía un trabajo de mierda, un apartamento que parecía una lata de sardina, hacía meses que no follaba con una mujer y ahora era incapaz de dormir.

Cerraba los ojos y la veía.

Joder.

Se acabó la cerveza. El sueño no llegaba. Regresó a la cocina y esta vez, cogió dos latas de cerveza. Las llevó al salón y dejó una de ellas en el suelo, cerca de él. No tardaría en beberla.

Tres cervezas menos en la nevera.

Tres cervezas más que fue a buscar.

Seis cervezas menos en la nevera.

Seis cervezas que comenzaron a afectarle la mente.

Cada noche era igual.

En silencio, se quedó observando el reloj de la pared del salón viendo pasar los minutos.

Seis cervezas, cuatro horas para que comenzara su turno en el trabajo.

A la noche siguiente

Otra noche igual. No conseguía dormir. Acudía a la cocina. Abría la nevera. Cogía varias cervezas y... acababa borracho en el sofá viendo pasar el tiempo.

Y cada vez que cerraba los ojos no podía sacarse de la cabeza el rostro de esa mujer.

¿Quién era? No la conocía para nada pero siempre era lo mismo.

Cerraba los ojos y la veía sobre él, gritando, moviendo los brazos como si quisiera zarandearlo.

¿Quién coño era? ¿Por qué lo acosaba de esa manera?

Ocho cervezas menos en la nevera, estaba a punto de ponerse a cantar de lo borracho que se sentía, o tal vez, no estaba borracho y era todo fruto de su mente...

Los días le parecían todos iguales. Tenía tanto sueño... Estaba cansado. Agotado. Estaba a un paso de no saber diferenciar la realidad de los sueños.

Otra cerveza menos en la nevera, una más en su estómago.

¿Y si se ponía a bailar? ¿Les importaría a sus silenciosos y santos vecinos? ¡Coño! No los

escuchaba nunca.

Se echó hacia atrás en el sofá, cerró los ojos e intentó dormir.

«Vacía la mente, Michael, joder, vacía la mente. Tampoco es tan difícil», se dijo una y otra vez intentando calmarse, pero con cada palabra era peor.

Contó hasta diez, visualizó las putas ovejas saltando una valla, las contó... hasta que las muy hija de putas se transformaron en hamburguesas que balaban y que se burlaban de él.

Necesitaba otra cerveza.

Fue hasta la nevera. Se golpeó la frente al acordarse de que ya se había tomado todas.

No le quedaba ninguna.

Se giró pero... ¿no le quedaba una botella de vino? Abrió la nevera y estuvo a punto de caer al suelo de la impresión.

Ahí estaban. Las nueve latas de cerveza.

¿Qué broma era esa? Fue hasta el cubo de basura. Lo abrió. Estaba vacío.

¿Cómo era posible? Se pellizcó el brazo. Notó el dolor. Sentía la sensación de embriaguez que le acompañaba cuando bebía cerveza. Lo conocía bien, dependía de ese dorado líquido para aguantar un maldito día más en su mierda de vida.

Estiró el brazo para tocar las latas. Igual eran espejismos de su mente.

Rozó una con los dedos. ¡Joder, qué fría estaba!

¿Qué coño pasaba?

Escuchó ruidos a su espalda. Crujidos. Pasos, Un cuchicheo de voces.

¡Qué coño! ¿Alguien había entrado en su apartamento?

Se giró y comenzó a mirar a su alrededor. No vio a nadie pero ahí estaba ese maldito ruido. Pasos, voces, risas, hasta la voz de un niño.

Definitivamente se estaba volviendo loco. Cogió una cerveza, la abrió y bebió el contenido de un trago. Tiró la lata vacía en el cubo de basura pero... dio un salto hacia atrás al ver cómo esta desaparecía cuando tocaba el fondo del cubo como si fuera succionada por un agujero negro en su maldito apartamento.

—¡Pero qué cojones pasa! —gritó sin saber si iba a encontrar una respuesta.

Lanzó las latas que había en la nevera al salón, con furia, con rabia, con miedo, deseando que ese maldito ruido de voces se detuviera, que alguien le dijera que coño estaba pasando.

Respiró con dificultad cuando acabó de lanzar todo lo que contenía su nevera. Miró el estropicio que quedó en el salón y... que desapareció como por arte de magia como si no hubiera pasado nada. En apenas unos segundos el salón quedó como salido de una revista de decoración.

Michael se volvió y esta vez sí que gritó una y otra vez al ver la nevera llena. Las mismas latas de cerveza, los envases de comida del chino, la pizza de dos días en un plato y ese bote de pepinillos a medio comer.

Contempló los pepinillos. Flotaban.

Quiso volver a pellizcarse pero... las voces se acallaron y el silencio regresó con fuerza sorprendiéndolo.

Asustándolo.

¡Qué mierda pasaba en su apartamento!

Se iba a ir a la cama cuando una voz lo interrumpió. Era la voz de una mujer que le preguntaba quién era.

No iba a responder. Había visto suficientes películas de terror para saber que eso era muy mala idea. Optó por taparse los oídos con las manos y correr hacia su habitación pero cuando llegó...

Gritó. No pudo evitarlo. Aquel cuarto ya no era su habitación. Estaba todo pintado de rosa, había juguetes por todos lados y la mullida alfombra que estaba pisando parecía que era el pellejo de un pobre animal de pelaje rosa tirado de mala manera en el suelo.

Gritó. Siguió gritando cuando volvió al pasillo. Siguió gritando cuando vió cuadros colgados de las paredes que no reconoció.

Siguió gritando cuando regresó al salón y sus muebles habían desaparecido. ¡Las malditas paredes estaban pintadas de amarillo chillón!

¡Qué coño pasaba!

Volvió a escuchar la voz de la mujer. Quiso ignorarla. Lo hizo. No iba a responder. Solo quería que todo volviera a ser como antes, aunque se quejara de su vida de mierda, era suya, no aquella jodida pesadilla.

Fue a la nevera. Esa nevera sacada de un episodio de ciencia ficción en el que se llenaba sola. Se rio en alto. Por qué se quejaba si se llenaba sola de cerveza. Era el sueño de cualquier tío.

Abrió la nevera. Volvió a gritar.

¡No había cervezas!

La voz de la mujer seguía ahí, insistiendo, con esa autoridad en su voz. Estaba vez él le respondió. Gritando. Maldiciendo. Comenzando a quitar el contenido de esa nevera que no era suya. Acudiendo al salón para destrozar todo lo que veía.

¿Se había vuelto loco? De ser así, ¡viva la locura! Lo iba a destrozarse todo con sus propias manos.

—No se quiere ir. Es un alma furiosa que está anclado a este apartamento. Lo siento mucho. Lo único que os puedo recomendar es que habléis con el sacerdote de vuestra parroquia y venga a bendecir la casa. Espero que de esta manera este fantasma decida marcharse.

Amelia Bones miró a la médium que su marido había contratado. Ella no creía en nada de eso pero desde que las cosas del apartamento empezaron a romperse, a moverse de lugar y escuchaba los gritos de un hombre tenía que reconocer que o bien necesitaba una médium que contactara con el más allá o había llegado el momento de pedir cita a un psiquiatra para que comenzara a tratarla con las pastillas más fuerte que hubiera en el mercado.

Fue testigo de muchos “sucesos” tal y como los llamaron los expertos que acudieron a su hogar junto con la médium. Había accedido porque estaba desesperada, su marido y su hija pequeña también lo estaban. Habían comprado ese apartamento hacía unos meses. Era una ganga. No fue hasta que se trasladaron que los vecinos le informaron el verdadero motivo de ese precio tan rebajado. El anterior inquilino, un hombre arisco, alcohólico, que apenas se dejaba ver, había fallecido en aquel apartamento, en el salón, tirado en el suelo, ahogado en su propio vómito después de emborracharse otra noche más. La paramédica que acudió intentó salvarle la vida. Hubo un instante en que creía que lo había recuperado pero se les fue. Por más que lo desfibrilaron, Michael falleció en el salón de su apartamento sobre un charco de su vómito.

—Gracias por intentarlo —llegó a responder a la médium quien seguía mirando un punto en el salón donde el espejo nuevo que colgaron esa semana llegó a resquebrajarse solo, como si alguien le hubiera dado un puñetazo. Tal vez fue lo que pasó. Era una suerte que ella no pudiera ver lo que veía la médium.

—No se quiere ir. No sabe que está muerto. Cree que sigue vivo —aquellas palabras le revolvieron el estómago a Amelia. Su marido estaba en la habitación con la niña. La pobre apenas quería salir del cuarto. Le daba miedo. Decía que veía una sombra que se movía de noche por la casa, de su habitación a la cocina y luego al salón.

—Llamaré hoy mismo a nuestro párroco. No podemos seguir viviendo así.

La médium asintió.

—Tampoco Michael puede seguir así, debe ir a la luz.

La niña temblaba en los brazos de su padre. Frente a ellos un hombre los miraba, en silencio, sus ojos enrojecidos, su boca deformada en una mueca de rabia. Tenía barba, ojeras pronunciadas, olía mal... Le tenía miedo.

—Papá...

—Sí, cariño.

Iba a decírselo a su padre. Pero él no podía verle, su mamá tampoco. Solo ella le veía y esta vez esa sombra le devolvía la mirada.

Cerró los ojos con fuerza y deseó estar en otro lugar. Le tenía miedo. No quería dormir en esa habitación. Le daban igual todos los peluches que sus papás le compraron para protegerla. Ella siempre veía esa sombra moverse por su habitación.

—Nada, papá. Abrazame —le pidió sin abrir los ojos.

Su padre le abrazó.

Suspiró aliviada, en los brazos de su padre estaba segura, estaba...

Una mano le tocó la espalda. Se puso rígida. Esa mano era fría. Esa mano...

—¿Quién coño eres tú, cría y qué haces en mi habitación?

Chilló. Sus chillidos se entremezclaron con los de la sombra. Nada de lo que le dijo su padre la calmó, ni siquiera se calmó cuando llegó su madre para abrazarla con fuerza. Ella solo

quería que esa sombra desapareciera para siempre de su vida y temía que no iba a ser posible.

La señora extraña que estaba con su madre comenzó a discutir con la sombra. Y cada vez que la sombra le respondía que no se iba a ir Mirabella tenía ganas de chillar y de llorar por más que su mamá la intentara calmar.

Todo sucedió muy rápido

Pesadilla: vísteme despacio... que acabaré muerto

Todo sucedió muy rápido. Tampoco tenía claro qué fue lo que provocó aquel apocalipsis, porque eso era lo que estaba viviendo.

Un puto apocalipsis zombie. Sí, habéis leído bien. Zombies. Con todas las letras que tiene esa maldita palabra.

Salvador miró a su alrededor. Estaba oculto en la trastienda de la tienda de mascotas de su barrio. El local había sido arrasado y no precisamente por vándalos. Las jaulas de los animales habían sido destrozadas y se veía sangre por todos lados, trozos de carne, piel, plumas... Los zombies habían acudido al buffet libre de mascotas comiéndose todo lo que estuviera vivo.

Sacó el móvil y miró la pantalla. Apenas le quedaba batería, en cualquier momento se le apagaría. Marcó compulsivamente el número de teléfono de su novia.

No había línea. ¿Por qué seguía intentándolo? No tenía ni puta idea. Tal vez... ¿la esperanza era lo último que se perdía? Mierda de frase.

Guardó el teléfono en el bolsillo interior de la cazadora de cuero. Echó la cabeza hacia atrás y soltó un gran suspiro. Estaba agotado. Tenía hambre, olía a perro muerto pues llevaba tiempo sin poder ducharse, la ropa comenzaba a mostrar el desgaste del tiempo y... no quería pensar en las manchas que veía en sus pantalones que eran fruto del último zombie que machacó con un tablón de madera que encontró en la calle.

Cuando veía series de zombies todo parecía más fácil. Los zombies tenían la cabeza blandita como la mantequilla, era golpearles y puff caían muertos. En la puta realidad si te encontrabas uno de esos muertos vivientes era mejor salir corriendo huyendo de él, si no te quedaba otro remedio que enfrentarlo, lo mejor era conseguir algo lo suficientemente fuerte que aguantara todos los golpes que debías darle para reventarle la cabeza. Putos cráneos. Sí que eran duros.

¿Cómo empezó todo eso? No lo sabía, nadie lo sabía o si lo hacían se lo callaron para no alertar a la población, algo absurdo porque caminar por la calle y ver a la gente asaltar a las personas para comérselas vivas era alarma suficiente como para tener pesadillas lo que te quedara de vida.

En su caso... temía que le quedara poco tiempo de vida. Nunca se sabía cuando te podía salir uno de esos muertos vivientes y acabar siendo su comida del día.

Sintió un escalofrío que le llegó directo al corazón. No quería pensar en ser devorado, vaya mierda de muerte. Prefería pegarse un tiro antes. Lástima que no tuviera un arma.

Si llegara un apocalipsis zombies yo haría... ¿Cuántas personas han respondido de coña esa pregunta? ¿Muchas? ¿Pocas? Ahora le gustaría saber si habían obtenido la respuesta real de esa pregunta.

Sería el puto amo matando zombies. Seguro que ahora ese fantasma estaba más que comido.

Buscaría refugio. Ya, claro, en medio de la ciudad, busca un búnker... si lo encuentras (que lo dudaba), ¿qué harás cuando se te acaben las latas de comida, el agua, el oxígeno, vamos... las provisiones? ¿O acaso creías que te iría el repartidor a llenarte la nevera?

Me iría al campo. Ya. Yupi. A vivir entre las vacas. Si consigues que no te roben el coche, acabarás en medio del campo... para ser devorado por uno de esos zombies. Los había por todas partes.

Iría a vivir a una isla. Que se lo digan a los de Ibiza. Farlopa para los zombies. Fiesta de sangre, vísceras y carne viva.

Lo que haría sería...

Ninguna respuesta es la correcta. Lo que harías sería sobrevivir. Buscarte la vida cómo pudieras, llegar a perder la humanidad y luchar hasta por un trozo de pan podrido.

Salvador se carcajeó al recordar lo que llegó a beber por culpa de la intensa sed que tenía. No tenía ni puta idea de cómo no se había ido al otro barrio pero por una infección.

Estaba cansado. Quería dormir. Tenía hambre. Lo único que no quería hacer era follar. Oye, algo bueno había de todo eso porque le iba a ser complicado encontrar una mujer con la que follar. Su novia, lo más seguro es que fuera una de esas malditas cosas que arrastraban las piernas y babeaban cuando percibían el aroma de un humano vivo.

Sus padres, sus hermanos, sus sobrinos... todos muertos. Los había buscado. Los había encontrado y salió por patas. No tenía el estómago para acabar con ellos. Aún no había perdido toda su humanidad.

Se miró las piernas. Había perdido mucho peso. Necesitaba encontrar algo de comer, algún lugar seguro (si es que había alguno) y vivir otro día más.

Con dificultad se levantó y estiró los brazos. Se quedó quieto un minuto para atender a los ruidos que lo rodeaban.

Alarmas de coches. ¡Música celestial! Putas alarmas, hasta que la batería no se acabara seguían dando por culo.

Se movió por la tienda con cuidado. No podía quedarse ahí todo el día. Cuando llegó a la puerta se paró en seco. No era un *Navy Seal* pero necesitaba otear, esperar y ponerse en marcha.

Revisó la calle. No había zombies a la vista. Salió al exterior y se puso a correr como si no hubiera un mañana calle arriba. Miraba a su alrededor con nerviosismo atento a cada sonido, a cada tienda. A ver si encontraba alguna de alimentación.

Al final de la calle localizó un supermercado de barrio. Detuvo los pasos, respiró hondo y observó el escaparate de la tienda con atención.

Estaba roto, reventado y se veían las estanterías del local destrozadas.

Tenía dos opciones: seguir corriendo por la ciudad como un imbécil a la búsqueda de algo que llevarse a la boca o intentar entrar en ese local y rebuscar entre la mierda que se veía en el

suelo.

Entró en el supermercado.

Lo primero que hizo fue ir directo al mostrador en busca de algo que pudiera usar para atacar a los zombies. Algunos de esos negocios de barrio ocultaban armas blancas en el mostrador, un bate, un palo e incluso armas de fuego. Bueno, tampoco iba a exagerar, apenas eran unas navajas pequeñas lo que llegó a encontrar y una pistola de juguete. En España no había armas de fuego por todos lados como en otros países. Aquí se luchaba contra los zombies con lo primero que veías.

Encontró dinero. Vaya mierda. Más de tres mil euros. ¿Qué coño iba a hacer con eso? Nada. No valía ni para quemar. No podía arriesgarse a hacer un fuego para calentarse porque el olor a humo atraería la atención de los cadáveres hambrientos.

Se movió por la tienda con cuidado, atento a cada sonido. Mirando con atención el suelo pues temía que le saliera un zombie arrastrándose entre las montañas de mierda que veía. Envases de plástico, cajas, comida podrida, latas rotas, botellas de agua vacías... Ese supermercado había sido arrasado. Dudaba que encontrara algo.

«Joder, y esto lleno», pensó con ironía al ver la sección de higiene femenina intacta.

Eso le hizo pensar. ¿Qué haría una mujer cuando estuviera en esos días tan complicados del mes? ¿No olían a sangre?

No, no quería pensarlo.

Avanzó en silencio por los pasillos. Bueno, lo más silencioso que podía pese a que con cada paso crujía el suelo. Vio una montaña de lo que parecían que eran latas. Se agachó y comenzó a rebuscar entre ellas para ver si veía alguna entera, que no estuviera abierta o abollada, y mucho menos, abombada. Si veías una lata que parecía que le habían metido aire lo mejor que se podía hacer era alejarse de ella. Si la comías podías acabar en el hospital... ¡Qué coño de hospital! Acabarías vomitando hasta la primera papilla de tu vida, tendrías fiebre y si la mala suerte te perseguía (no contaba el apocalipsis zombie) podrías llegar a morir.

Tras unos cuantos minutos rebuscando encontró dos latas que tenían buen aspecto.

Menú del día: albóndigas en salsa de tomate y fabada asturiana.

Sí, buen menú para el fin del mundo. Sobre todo la fabada. A reventar y cuando menos te lo esperas: flatulencias. ¿Los zombies le oirían si comenzaba con la traca asturiana... por culpa de la fabada? No tenía ni puta idea, pero sí un hambre atroz.

Se levantó emocionado. Al menos iba a comer algo.

Escuchó un gemido a su espalda. Se giró. Perdió el equilibrio por culpa de las latas vacías. Se pegó una hostia contra el suelo. Salvador gritó e intentó volver a levantarse, alejarse. No lo consiguió. Puta ley de Murphy, si algo ha de salir mal, saldrá mal. Si él quería huir, no lo consiguió y acabó convirtiéndose en un maldito buffet libre.

El primer mordisco no fue el peor. Apenas lo notó, pero los siguientes sí que provocaron una avalancha de dolor que se fue extendiendo por el cuerpo. Quiso que alguien le pegara un tiro.

Intentó golpear al zombie con las latas que aún tenía en sus manos. Albóndigas. Fabada asturiana. Ninguna hizo nada. El zombie lo tenía agarrado y se estaba dando un festín. Mordisco a mordisco, desgarrándole la carne de la pierna.

Ya estaba muerto. Un mordisco de esas criaturas y te convertías en una de ellas al cabo de unas horas. Sí, eso las películas habían acertado. En lo demás. Era una puta mierda.

Gritó. Luchó por liberarse. Pero ese maldito zombie, que en otro tiempo fue una viejecita con los cabellos azulados, arrugada como una uva pasa y con un gran collar de perlas que se movía y crujía con cada uno de sus movimientos, seguía hundiendo sus dientes y masticando su carne.

Era aterrador ver cómo te devoraban. No solo el dolor, el olor, la sensación de ser la presa, el saber que estabas perdido, el miedo a lo desconocido, la agonía que se extendía en su interior que le gritaba que aquel era el final e iba a sufrir.

Gritó. Volvió a golpear a la señora en la cabeza. Lo único que consiguió fue que se le cayera la gafa que permanecía en su arrugada nariz y hacerle una brecha en su putrefacta carne. No sangró. ¿Cómo iba a sangrar si ya estaba muerta? Además, no había problema, él ya sangró por los

dos.

Morir entre latas vacías, en medio de un supermercado arrasado del barrio de tu ciudad, con una lata de albóndigas en una mano y en la otra, fabada asturiana.

Había días que era mejor no levantarse de... ¡Joder, si ni tenía cama dónde descansar! Sabía que el día de su muerte se acercaba pero no esperaba que fuera así.

Así no.

Sus gritos fueron espeluznantes. El sonido de la carne siendo desgarrada... los gruñidos del zombie... las latas rodando por el suelo...

En un supermercado del barrio de una ciudad cualquiera de España murió un hombre llamado Salvador por dos latas de comida.

A veces... cuando menos te lo esperas el cazador se convierte en la presa.

El camping

Pesadilla: ver para creer

—¿Cuánto falta?

Rose resopló y miró a través del espejo retrovisor al dueño de aquella voz.

—No seas pesado, Kevin. Aún queda media hora de viaje. No te portes como un niño —le indicó con voz cortante. Estaba cansada que le preguntara lo mismo cada quince minutos.

Los demás ocupantes del vehículo se echaron a reír. Iban tres mujeres y dos hombres en el coche rumbo a un viejo camping donde pasarían el fin de semana.

Fue Marie quien les avisó de aquel lugar. Lo había encontrado en Google y todos, tras visualizar las imágenes, decidieron que era el mejor sitio en el que pasar el “fin de semana de terror”, una tradición que compartían desde que se habían conocido en el último curso del instituto y que mantenían pese a que los cinco iban a diferentes universidades.

No podían perderse el fin de semana de terror, unos días que ese año, caían en Halloween.

—Ja, ja, muy graciosa, Rose. Estoy cansado de estar metido en esta lata de sardinas. Debimos venir en mi coche —se quejó Kevin, cruzándose de brazos. Apenas podía moverse. Iba en el asiento del medio en la parte de atrás del coche.

—Pues hubieras pagado lo que te pedía el taller. Así que no te quejes —insistió Rose sin despegar la mirada de la carretera.

El resto de viaje transcurrió en silencio con el único sonido de las canciones antiguas que salían de la radio del coche.

Cuarenta minutos después

—Por fin. Estoy tentado a besar el suelo como el Papa.

Marie se carcajeó y negó con la cabeza.

—Estás loco, Kevin, pero avisa si lo vas a hacer que pienso grabarte con el móvil y lo subiré a YouTube.

—¿Qué os pasa hoy que estáis todas muy graciosas? ¿Qué os he hecho para que me atacéis todas? —se quejó mientras salía del coche. No era broma en que estaba a punto de besar el suelo pero porque le fallaban las piernas al tenerlas dormidas.

—Venga, aún nos queda un buen trecho para llegar al camping. Es mejor que nos demos prisas, no quiero caminar de noche por el bosque —intervino Alan mientras agarraba su mochila para luego comenzar a distribuir las otras entre sus acompañantes.

Cuando los cinco tuvieron sus mochilas a la espalda se pusieron en marcha. Seguían las indicaciones del GPS del móvil de última generación que se había comprado Alan con su primer sueldo como becario de laboratorio.

Caminaron hablando entre ellos, comentando los últimos acontecimientos en sus universidades, compartiendo anécdotas de sus salidas nocturnas, sus novios fallidos, sus sueños truncados. Eran amigos desde el instituto y esa amistad nada ni nadie la habían roto. Muchos creían que se rompería cuando se fueran a la universidad pero se habían equivocado.

Se detuvieron un par de veces para sacarse unas fotografías que subirían a Instagram, iban a inmortalizar aquel viaje.

Cuando llegaron al camping estaba oscureciendo. El cielo lucía enrojecido mientras el sol se escondía con calma en el horizonte. Las sombras que proyectaba la escasez de luz les pusieron nerviosos. Estaban en medio del bosque, alejados de todos y de todo y...

—¡Joder! Da más miedo en persona —exclamó en alto Kevin deteniéndose ante lo que veía.

Estaban en la entrada del camping, un camping abandonado hacía décadas. No tenían muy claro qué fue lo que motivó a los dueños del lugar clausurarlo pero ahora no era más que unos vestigios de lo que fue y un lugar de peregrinación para los fans del terror.

Los postes en los que en otro tiempo descansaba el cartel de bienvenida estaban podridos, agujereados y se percibían manchas que bien podían ser quemaduras.

A lo lejos se veía las diferentes cabañas, algunas de ellas con los marcos de las puertas y las ventanas reventados. La vegetación campaba a su anchura, cubriendo las cabañas de madera. Había un muelle que daba al lago y del que quedaban apenas unos tablones en pie. Lo demás estaba comido por las termitas y podrido por el tiempo y la falta de mantenimiento.

—Elijamos dos cabañas cercanas y que estén en buen estado para poder dormir en ellas. Vamos, que se nos echa la noche encima —exclamó en alto Alan, siendo el primero en entrar en aquel lugar.

Avanzó por el camino de hojas secas, cada una de sus pisadas resonaba con fuerza. Se detuvo unos segundos y miró a su alrededor, los demás estaban detrás de él. No era el líder oficial pero confiaban en su criterio, además, las chicas estaban cuchicheando entre ellos mirando fotografías en el móvil de Louisa y Kevin estaba a un paso de tirarse al suelo y descansar.

A su izquierda vio dos cabañas que mantenían las ventanas y las puertas. Tendrían que quedarse con esas.

—Vamos a comprobar esas dos, parecen que son las que mejor están. ¿No os parece?

—Sí, tío, sí, vamos, necesito sentarme, creo que se me ha metido una piedra en el tenis y me está matando —comentó Kevin moviendo el pie derecho.

Alan estuvo tentado a recordarle que ya le dijo que no era buena idea estrenar un calzado nuevo el día que tenían que hacer una caminata por el bosque de varios kilómetros pero se contuvo. No quería iniciar una pelea con su amigo en la que ninguno de los dos ganaría.

Se acercaron a las cabañas y las revisaron con calma.

Estaban mejor de lo que esperaban como si hubieran sido limpiadas hacía poco tiempo. No había suciedad dentro de ellas, las puertas cerraban sin problema y las ventanas estaban en buen estado. No se congelarían de noche.

Se dividieron en hombres y mujeres. Ninguno de ellos era pareja. Las mujeres en la cabaña más cercana al lago, los hombres la que estaba pegada al bosque.

Decidieron cambiarse y ver si encontraban los baños. Dudaban que funcionaran o tal vez sí, tenían que intentarlo. De no funcionar tendrían que acudir al baño más antiguo del mundo: la naturaleza.

Las chicas se metieron en su cabaña. Se repartieron los lugares donde iban a extender las esterillas y los sacos de dormir. No había camas. Tampoco les resultaba tan raro. Ese camping llevaba décadas cerrado.

Cuando lo tuvieron todo preparado se cambiaron de ropa, eligiendo algo que las abrigara más. Sí, en las películas de terror irían con pantaloncitos cortos y camisetas de tiras pero ellas preferían los pantalones largos y acolchados, los jerseys de manga larga y unas buenas chaquetas que las protegieran del frío de la noche. Pese a que era otoño hacía muchísimo frío.

En el momento en que estuvieran preparadas salieron al exterior. Se sorprendieron al no ver a los chicos.

—Y luego dicen que somos nosotras las que tardamos una eternidad en prepararnos —se burló Rose cerrando hasta arriba el abrigo que llevaba puesto.

—Vamos a ver en su cabaña —sugirió Louisa. La pobre estaba enamorada de Alan aunque este no le hiciera ni caso. No desaprovechaba la oportunidad de pegarse a él como una lapa para ver si él la veía algo más que una amiga.

Caminaron hacia la cabaña de los chicos. Golpearon la puerta y se sorprendieron al ver que

estaba abierta. Entraron dentro y encontraron las mochilas de los chicos pero estos no estaban por ninguna parte.

—Se habrán ido a investigar. Seguro que acabaron antes que nosotras de cambiarse y se fueron a dar una vuelta por el camping —indicó Marie restándole importancia.

—Tienes razón —asintió Rose, saliendo de la cabaña—. Vamos a buscarlos. De todas maneras tenemos que encontrar los baños.

Se pusieron en marcha, caminando por el destrozado y viejo camping asombrándose de las condiciones en que se encontraba. Louisa se dedicaba a sacar fotografías del lugar, le gustaba hacer un álbum de los recuerdos de cada viaje que hacían. Imprimía las fotografías y las pegaba en un viejo diario que llenaba de sueños imposibles y deseos frustrados.

Encontraron las mesas de madera que supusieron que en otro tiempo fueron el comedor. La zona de juegos. Una especie de piscina que estaba llena de ramas, piedra, animales muertos y tierra. Varias de las cabañas estaban derruidas, una de ellas tenía el tronco de un árbol sobre ella.

No los encontraron por ningún lado y tampoco los baños.

—¿Dónde estarán? —se preguntó Rose notando que estaba comenzándose a poner nerviosa. Estar solas en medio del monte, sin saber dónde se encontraban los chicos era aterrador.

Se detuvieron al final del camping mirando el bosque que había ante ellas. Los árboles estaban muy pegados, sus troncos retorcidos, sus ramas se entrelazaban como si estuvieran abrazándose entre ellos, las piedras se repartían por el suelo, desperdigadas por todo el lugar. No iban a adentrarse. La oscuridad había engullido la luz del sol y apenas podían ver por dónde pisaban.

Encendieron las luces de las linternas de sus móviles. Buscaron huellas por el suelo. Si los chicos se habían atrevido a ir por ese lugar eran unos inconscientes. Unos locos que buscaban los problemas con sus acciones. ¿Cómo se atrevían a entrar en el bosque de noche? Pero no encontraron huella alguna.

Dieron media vuelta y regresaron al punto de partida. La cabaña que habían elegido para poder dormir.

—¿Nos estarán gastando algún tipo de broma?

—No lo creo, Marie. Pero si están haciendo eso, lo siento pero les dejo de hablar lo que me quede de vida —contestó Rose visiblemente enfadada.

Louisa iba a intervenir pero se quedó sin habla al ver unas sombras cerca de la entrada del camping.

—¡Mirad! —chilló señalando a ese lugar—. ¿Qué es eso?

No quería saber la respuesta. La verdad, es que ninguna de ellas tampoco tenía una respuesta que dar. Las tres se quedaron mirando fijamente al punto dónde señalaba Louisa. Se veía los postes de madera podridos de la entrada y pasando a su través unas sombras que se acercaba corriendo a donde se encontraban ellas.

Gritaron y se apartaron al verlas pasar. Sintieron escalofríos.

—¡Qué está pasando! —gritó Rose sin poder creer lo que habían visto. Esas sombras desaparecieron una vez que pasaron cerca de ellas. ¿Qué eran?

—No tengo ni idea pero tampoco quiero saberlo. Encontremos a los chicos y salgamos de aquí. No ha sido buena idea venir —dictaminó Louisa con un tono de voz quebrado. Estaba atemorizada.

Comenzaron a llamar a gritos a los chicos pero no obtuvieron respuestas. ¿Y si les había pasado algo?

Marie sacó el móvil y masculló una maldición al ver que no tenía cobertura.

—¿Tenéis cobertura? ¡Necesitamos llamar a emergencias! Si les ha pasado algo necesitamos ayuda para encontrarles —exclamó alarmada al ver que por más que los llamaban a gritos los chicos no aparecían. Ellos nunca se habían portado así. No era propio de Alan y de Kevin.

Ninguna tenía cobertura. Se movieron un poco para ver si conseguían encontrar cobertura pero... nada.

Estaban solas en medio de un camping abandonado, sin cobertura, incapaces de encontrar a los chicos y...

—¡Ahí están otra vez! —el alarido de Rose atrajo la atención de las dos amigas sobre ella. Señalaba un punto cercano a la cabaña donde tenían sus pertenencias. Las sombras se movían cerca del edificio de madera.

—Esto no puede estar pasando —gritó asustada Marie sin poder creer lo que veían.

—Pero, ¿qué son esas...? —Louisa no pudo acabar su frase.

Ninguna de ellas pudo articular palabra incapaces de quitar la mirada de lo que estaban presenciando. Las sombras, al salir de la cabaña, dejaron de ser simples figuras oscuras... eran...

—No puede ser, no puede ser... —susurró una y otra vez Rose sin poder creer lo que veía, notando un regusto amargo en la boca del estómago. Estaba a un paso de caer de rodillas al suelo y gritar.

Esas sombras que las atemorizaron eran Kevin y Alan, o al menos se veían como ellos porque realmente no podían ser sus amigos. Era imposible. Se podía ver a su través, eran como imágenes en movimiento en blanco y negro que se acercaban a ellas.

—¡Kevin! ¡Alan! —chilló Louisa, acercándose hasta ellos. Los atravesó. Al hacerlo notó una frialdad que le heló el alma—. ¡Qué significa todo esto! ¡Ayuda! ¡Que alguien nos ayude!

Sus gritos fueron acompañados del de sus amigas, las tres rodearon las imágenes de sus amigos chillando sus nombres, rogándoles ayuda, llegando a rozarles pese a que sus manos los atravesaran. No sabían qué pasaba. Solo sentía miedo.

—Vuelve a llamar. Necesitamos que lleguen cuanto antes.

—Joder, Alan, ya les he llamado seis veces, y siempre me dicen lo mismo, están en camino.

Kevin volvió a marcar el número de emergencias pese a lo que le había contestado a su amigo. Estaba tan asustado como él. Necesitaba que llegaran cuanto antes los servicios de emergencia. Los dedos le temblaron mientras marcó el número. Esperó a que le cogieran la

llamada y cuando al otro lado de la línea descolgaron, gritó asustado:

—Por favor, necesitamos ayuda. Estamos en el camping El castor feliz y nuestras amigas han tenido un accidente. Sí... —Unos segundos de silencio escuchando lo que le indicaba la operadora—. Sí, ya sé que llevo un rato llamando y que la ayuda está en camino pero nuestras amigas están sepultadas por una montaña de madera. ¡Joder!

La ayuda estaba en camino.

Y cuando llegaron.

No pudieron hacer nada.

Marie, Louisa y Rose fallecieron al instante.

Todo sucedió muy rápido. Las chicas entraron sonriendo y riendo a la cabaña que eligieron y cuando cerraron la puerta tras ella la cabaña se derrumbó a causa de un árbol de gran tamaño que cayó sobre ella. Quedaron sepultadas bajo ramas, madera, cristal y escombros que había dentro de la cabaña.

Tardaron cerca de media hora en recuperar sus cadáveres y en todo ese tiempo, tanto Alan como Kevin lloraron en silencio mientras juraban escuchar las voces desesperadas de sus amigas.

Los paramédicos les dieron unas pastillas para tranquilizarlos y los ayudaron a subir a la ambulancia.

Estaban en estado de shock les dijeron.

Pero ellos juraron y perjuraron que escucharon una y otra vez las voces de Marie, Louisa y Rose gritando sus nombres.